



UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU

ELOGIO  
DEL  
PERIODICO

por

Alejandro Muñoz - Alonso Ledo

Catedrático de la Universidad San Pablo CEU  
y de la Universidad Complutense de Madrid

CONFERENCIA

Festividad de San Francisco de Sales, 24 de Enero de 1997

ELOGIO  
DEL  
PERIODICO

por

Alejandro Muñoz - Alonso Ledo

CONFERENCIA

Festividad de San Francisco de Sales, 24 de Enero de 1997

## ELOGIO DEL PERIÓDICO

*En esta época nuestra, marcada por el predominio de los medios audiovisuales y, sobre todo, por el imperialismo de la televisión, corren malos tiempos para los medios escritos. El placer intelectual de la lectura reposada y reflexiva del libro o del periódico, que durante tantos siglos fue actividad predilecta de las clases cultas, empieza a ser raro y excéntrico menester de unos sectores cada vez más reducidos a una especie de gueto cultural. Un gueto cultural contemplado por muchos casi con la curiosidad del entomólogo ante una especie singular. Una curiosidad, por otra parte, no exenta a menudo de desconfianza. Porque en la era del "pensamiento único" y de lo "políticamente correcto", en la que el que se sale de las pautas establecidas y aceptadas es reo de heterodoxia social, la lectura - que invita a la crítica y a la discrepancia - puede convertirse en una actividad sospechosa porque representa el umbral de la disidencia.*

*Si hubo un tiempo en que en estos lares nuestros alguien consideró como funesta "la manía de pensar", ahora no andamos lejos de que pueda llegar a considerarse como una extravagancia "la manía de leer". Hasta*

en la Universidad se lee cada vez menos, siempre menos de lo que sería necesario, y como fruto nefasto de esa ley del mínimo esfuerzo comprobamos casi cada día como los apuntes desplazan a los libros, convirtiendo la lectura en un árido ejercicio de memorización, que nada tiene que ver con la gozosa actividad de descubrir tantos tesoros humanos, intelectuales y emocionales como se esconden en los libros que merecen plenamente ese nombre. Y si los universitarios sólo leen apuntes, los profesionales y los políticos sólo leen informes preparados por sus gabinetes y redactados en ese lenguaje de seca sintaxis y nulo valor expresivo que supone un atentado mayor contra el idioma.

Las nuevas tecnologías, por su parte, contribuyen a ese proceso de marginación del libro sustituyendo paneles enteros de las bibliotecas por CD Roms capaces de albergar datos y textos contenidos en centenares de volúmenes.

Un avance indudable en cuanto a capacidad de acumular y consultar información pero que altera el modo tradicional de la lectura. Tendrá que pasar mucho tiempo para que la relación entre hombre y pantalla del ordenador se identifique a la que se da entre el lector y el libro, y acaso ese momento no llegue nunca. Se puede consultar electrónicamente una enciclopedia, un diccionario o cualquier otro libro de referencia a través de la tecnología multimedia pero ¿se puede leer la Biblia, el Quijote o la Regenta con ese mismo procedimiento?

No deja de ser una tranquilizadora satisfacción que Bill Gates, presidente de Microsoft y mago de la informática, afirme que ésta nunca desplazará al libro y al periódico porque no puede competir con ellos. "A nadie se le ocurriría -afirma- leer un libro de ficción en una pantalla. Las sensaciones no son comparables. El soporte papel -concluye- estará con nosotros mucho tiempo". Lo triste es que, a pesar de todo son cada vez más los que desertan del estimulante menester de la lectura. Y las estadísticas de algunos de los países más avanzados detectan, en esta época de la educación universal y gratuita, cómo aumenta imparablemente el número de los analfabetos funcionales: gentes que aprendieron a leer pero que han practicado tan poco esta creativa tarea que encuentran serios obstáculos en leer y entender lo que vaya más allá de un texto publicitario o de un cartel indicativo.

Pero yo quería hablar de ese producto peculiar, derivado inmediato del libro por ser como él fruto del invento de Gutenberg, y por lo tanto objeto de lectura, que es el periódico. Por la cantidad de palabras que

contienen, los modernos periódicos son, además, libros misceláneos que aparecen todos los días y que, cuando están bien hechos, son mucho más que meros vehículos de informaciones de actualidad, ya que están plagados de incitaciones y sugerencias, siempre estimulantes para quien no tiene la mente cerrada por la cegadora luminosidad de la pantalla de televisión. Aunque los periódicos han sido a menudo -desde la Gazette de Théophraste de Renaudot y el Vedomosti de Pedro el Grande al Völkischer Beobachter de Hitler o a la Pravda de Lenin- instrumentos del poder político y artefactos al servicio de su propaganda, lo cierto es que durante los últimos doscientos cincuenta años, en el mundo occidental, los periódicos han sido casi siempre los grandes abanderados de la libertad y la voz que sin descanso ha denunciado los abusos y errores del poder. No en vano la de prensa es, sin ninguna duda, la “primera libertad”, porque hace posibles a las demás y actúa como factor multiplicador de sus efectos.

Hubo un tiempo en que, en nuestro país como en otros, la lectura podía acarrear graves penas porque, como escribió Blanco White -uno de los primeros periodistas españoles verdaderamente libres- en sus Cartas de España: “¿Quién se aventurará por el sendero de la cultura, cuando conduce derechamente a las cárceles de la Inquisición?”. En aquellos años finales del siglo XVIII, escribe así Blanco: “Con el pretexto de estar retirado para estudiar me he preparado un pequeño cuarto, en el que sólo admito a mis amigos confidenciales. Allí están mis libros prohibidos, perfectamente ocultos en un buen escondrijo debajo de la escalera. Sobre la mesa sólo tengo un Breviario, con su encuadernación negra, sus broches y sus hojas de canto dorado, para burlar las sospechas de cualquier intruso”. Ahora, en las sociedades democráticas, no se persigue a nadie por leer pero disminuye el número de lectores que desertan de libros y periódicos tras el señuelo audiovisual. Como escribían Lazarsfeld y Merton hace casi medio siglo, en 1948, en los albores de la comunicación de masas, “durante generaciones los hombres han luchado para dar a la gente más tiempo de ocio y ahora que ya lo tienen lo gastan en la Columbia Broadcasting System (C.B.S.) en vez de en la Columbia University”.

Como decíamos más arriba, corren, en efecto, malos tiempos para el periódico en esta era audiovisual. Las estadísticas internacionales registran no sólo una tendencia clara y sostenida a la disminución de lectores sino que con una frecuencia preocupante, nos encontramos con noticias que dan cuenta de la desaparición de algún periódico o de su fusión con otro, en un intento desesperado de sobrevivir. Cada vez hay menos títulos y cada vez

hay menos lectores, que abandonan al periódico, no para buscar la información que se presenta en radio y televisión, sino para zambullirse despreocupadamente en las supuestas delicias de una programación que, como los viejos métodos de aprendizaje de idiomas, lo ofrece todo sin pedir ningún esfuerzo a cambio. Porque no debe olvidarse que si un periódico es, inequívocamente, ante todo y sobre todo un producto informativo, la radio y la televisión sin dejar de tener, sin duda, una dimensión informativa son, esencialmente, algo muy diferente que pertenece primariamente al ámbito de la diversión y forma parte de la cultura del ocio, salvo contadas excepciones, como la que representa ese fenómeno de información mundial permanente que es la C.N.N. El ocio electrónico, además, está muy alejado de aquel ocio creativo que los griegos dedicaban a la contemplación filosófica o a los asuntos de las polis y tampoco tiene nada que ver con el dolce far niente de los italianos. se trata de un ocio que consiste en atiborrarse pasivamente de imágenes variopintas a lo largo de las tres o cuatro horas que, según las estadísticas, pasa un ciudadano medio ante la pantalla de televisión, casi sin más actividad que la del zapeo desesperado a la caza de una imagen original.

Pero en esta sociedad mediática, la información escrita conserva una cierta primacía entre todos los géneros comunicativos. Si hemos hablado de un tema tan palpable y evidente como el imperialismo de la televisión, es también patente que el periódico, como en la canción mejicana, sigue siendo el rey. Informativamente todos los demás medios son tributarios de los medios escritos, los únicos capaces de dar cuenta en profundidad y desde todos los ángulos de los acontecimientos que se producen, los únicos en condiciones de aportar el contexto y el análisis sin los cuales las informaciones resultan imposibles de comprender. Basta ver cómo las radios y las televisiones matutinas dedican una gran parte de sus espacios informativos a comentar los contenidos de los periódicos del día. O como por la noche, antes de la despedida, nos adelantan los titulares y las principales informaciones, editoriales o comentarios de los diarios que estarán en los quioscos a la mañana siguiente.

Acaso por eso los propietarios de los periódicos tienen un prestigio superior al de cualquier otro empresario. En un libro reciente sobre los "barones" de la prensa que lleva el significativo título de "Paper Tigers" y cuyo autor es Nicholas Coleridge se escribe así: "Imagine una fiesta a la que asisten los personajes más importantes de cualquier país. ¿Con quien quieren hablar todos? ¿Con el dueño de una cadena de supermercados? ¿Con algún

financiero anónimo? No. Todos quieren hablar con los propietarios de periódicos. Tienen encanto y poder. Se supone que tienen una "línea caliente" con los líderes políticos, que poseen información privilegiada. Son figuras enormemente carismáticas". Para Coleridge es un error - que, añadimos nosotros, ya llamó la atención de Max Weber - muy extendido suponer que el prestigio de los grandes empresarios de prensa se está desvaneciendo ante la influencia creciente de los nuevos empresarios "depredadores" del mundo audiovisual y multimedia. Al fin y al cabo, en efecto, los patronos audiovisuales están más próximos del empresario circense, porque su finalidad es ante todo entretener, que del que se lanza a esa aventura única y apasionante de poner en el mercado de las ideas y de las noticias ese producto excepcional que es un diario o una revista, bien informados y con sólidas opiniones.

El intento de limitar la información a los espacios audiovisuales no puede acabar sino en el fracaso, aunque por otra parte sepamos que una abrumadora mayoría de ciudadanos no tiene más ventana al mundo que la pequeña pantalla, ni recibe más información que la que le llega por esa vía electrónica. Esa apabullante realidad no quiere decir sino que los niveles medios de información de los asuntos públicos son abrumadoramente bajos, como comprueban una y otra vez las investigaciones sociales sobre comunicación política. Y, como consecuencia inevitable, eso quiere decir también que las opiniones formadas sobre tan vacilante base carecen de toda solidez y habría que situarlas en lo que Doris Graber denomina **pseudo-opinión pública**: opiniones a bote pronto, volátiles y fugaces que, como la caña del desierto, cambian según la dirección del viento.

Posiblemente uno de los tópicos más populares pero menos justificados de nuestra época es ese que afirma que "una imagen vale más que mil palabras". Y no es porque las imágenes carezcan de todo valor. Una buena imagen puede tener una gran capacidad de mostrar, demostrar, sugerir, incitar, movilizar, pero la información que aporta es escasa. Esas imágenes terribles de niños macilentos y llorosos del Tercer Mundo, las de las víctimas de los bombardeos de Sarajevo, las de los Hutus huyendo del genocidio en el Zaire ... han logrado promover un gran movimiento de solidaridad. Pero muchas de las gentes que se han movilizado para aportar su ayuda a tan nobles causas serían incapaces de hablar durante medio minuto acerca de las mismas. Porque, en sentido estricto, una imagen tiene mucha mayor pobreza informativa de lo que puede pensarse a primera vista.

Nunca, en efecto, vale una imagen más que mil palabras a no ser que éstas sean una sopa de letras, algo que desgraciadamente, abunda

más de lo que puede pensarse a primera vista. Quien ha visto una película basada en alguna gran novela lo sabe muy bien porque siempre experimenta el mismo sentimiento de frustración. El mejor director puede ser capaz de crear algunas escenas brillantes y llenas de evocaciones, pero casi nunca logra desencadenar todo ese círculo de sensaciones de todo tipo que enriquece el mundo interior de cualquier lector. Desde el Quijote a la Hoguera de las Vanidades, desde la literatura clásica a la que responde a las tendencias más vanguardistas casi ninguna obra de creación soporta la prueba de su transformación en pura imagen. Sólo se salvan quizás, algunas obras de acción que se acomodan mejor a ese arte en movimiento que es el cinematógrafo.

Se sabe, en efecto, que un telediario de media hora no contiene más información que la que cabe en la primera página de un periódico "sábana", y es una información casi exclusivamente hecha de titulares y leads, que apunta, sugiere pero no profundiza en ningún asunto. Además, como subrayaba hace ya tiempo el americano Hofstatter, la televisión tiene un "sesgo estructural" que obliga a presentar las noticias con un lenguaje esquemático, frases cortas, explicaciones simples que impiden la más elemental comprensión a fondo de cualquier acontecimiento. Porque la imagen tiene un carácter envolvente que produce una ilusión de información, pero sólo una ilusión.

Además, a veces, las imágenes provocan falsas sugerencias a causa de su equívoca mudez. No puedo por menos de referirme a esa imagen tantas veces repetida del hemiciclo semivacío del Congreso de los Diputados utilizada para sugerir una desidia parlamentaria que en absoluto se corresponde con la realidad. Pero quienes contemplan esa imagen demoledora no acuden a otras fuentes de información escrita que podrían hacerles ver que el mejor parlamentario no es el que permanece horas y horas estabulado en su escaño. Y, de este modo, permanecen instalados en sus prejuicios antiparlamentarios.

Cuando aludimos a imágenes que falsean la realidad no nos referimos sólo a las que tratan de encubrir una manipulación descarada como las de esos reportajes inventados por un reportero alemán, recientemente condenado, en los que escenificó toda clase de falsos acontecimientos, logrando además que importantes cadenas alemanas las compraran y emitieran. Tampoco hablamos de las equívocas imágenes de archivo utilizadas para ilustrar informaciones de las que se carece de imágenes "frescas", elegidas a



menudo con dudoso acierto. ¿Por qué para contarnos que Yeltsin ha vuelto al hospital nos ofrecen una imagen de hace varias semanas en la que aparece con el canciller Kohl? Tampoco podemos limitarnos a montajes desvergonzados y carentes de toda ética como el de la falsa entrevista de Castro "realizada" por Patrick Poivre d'Arvor y emitida por la cadena francesa TF1 o el de la manifestación pro Sadam Hussein que tuvo lugar en Argelia durante la Guerra del Golfo y que fue ilustrada con imágenes del Líbano. Cuando advertimos de la capacidad de falsear de las imágenes nos referimos también a las imágenes emitidas de buena fe que, sin ninguna duda, ilustran, pero no pueden sustituir la información detallada que se nos ofrece en un periódico.

Por otra parte las informaciones de la televisión, como las de la radio, están sometidas al ritmo acelerado exigido por los medios electrónicos que impide toda atención reflexiva. Cuando algo impacta al telespectador o al oyente y le obliga a una mínima detención mental, necesariamente, pierde los detalles que se dan a continuación. Se recibe así una información "a retazos" que, muy a menudo, desenfoca totalmente el objeto de la información. El enloquecido ritmo audiovisual se sitúa en los antípodas del mundo de la lectura que permite volver atrás, recrearse en un párrafo bien construido, en una idea brillante, en una sugerencia audaz. Y que ayuda a la reflexión y estimula la propia actividad intelectual.

No es por todo ello exagerado afirmar que los medios electrónicos nos inundan de noticias pero nos mantienen ayunos de información. Son como esas tempestades que anegan la tierra sedienta de agua, pero que dada la violencia del temporal acaba produciendo muchos más males que bienes. Y el agua tan deseada se convierte en un castigo deplorable. El periódico, por el contrario, es la lluvia fina que empapa y vivifica la tierra que la acoge. Y es que la información, como el agua, es benéfica o no, según como cae y como es recibida.

A través de las técnicas y montajes a que hemos aludido más arriba, la televisión nos introduce en una realidad virtual que sólo tiene, en ocasiones, escasas conexiones con la realidad real. La televisión no ha hecho más que amplificar un fenómeno de contraste entre apariencia y realidad que ya advirtió Maquiavelo cuando escribió: "Los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos. Todos ven lo que parecen, pocos advierten lo que eres". Y mientras la televisión es el medio de la apariencia y, por eso mismo, del engaño, el periódico es posiblemente el medio ideal para

*“advertir lo que se es”, para “tocar con las manos” la realidad porque la presenta con una profundidad y un detalle que se escapa fantasmalmente en las imágenes.*

*Gracián también percibió “pretelevisivamente” el problema cuando, distinguiendo “apariencia” de “sustancia”, afirmaba: “Son muchos más los necios que los entendidos, páganse aquellos de la apariencia y, aunque atienden éstos a la sustancia, prevalece el engaño y estimanse las cosas por de fuera”. No cuesta trabajo imaginar que hoy Gracián habría entendido que el periodismo bien hecho “atiende a la sustancia”, mientras que la información televisiva “se paga de la apariencia, haciendo que prevalezca el engaño y estimando las cosas por de fuera.*

*En el mundo de la imagen volátil y superficial, el gran Raymond Aron, profesor excepcional y magnífico periodista, que durante tantos años ejerció su magisterio tanto desde la Sorbona como desde las páginas de Le Figaro y L'Express, reivindicaba la importancia del periodismo escrito. En sus Memorias afirma: “Si la lectura del diario es, según la fórmula de Hegel, la plegaria matutina del hombre moderno, entonces el periodista se encuentra investido de una tarea weltgeschichtlich (esto es, conectando con la historia del mundo) a un nivel inferior. El periodista -añadía- debe insertar el acontecimiento en la red planetaria y al mismo tiempo le debe dar su sentido y su alcance”. Aron, como ese otro gran periodista y profesor norteamericano que fué Walter Lippmann, estimaba que el comentarista debía ser un educador de la opinión pública. Pero para eso debía mantenerse despierto y al día porque, decía, lo peor que le puede ocurrir a un periodista es aferrarse a una representación del mundo que ya pertenece al pasado. Espléndido reto al que el periodismo moderno no sabe siempre responder.*

*Quizás sería oportuno recordar las reflexiones de esa otra gran figura señera, Max Weber, acerca del periodista, entendiendo por tal, sin ninguna duda, al que utiliza como medio el periódico. Decía el gran sociólogo alemán que “aunque producida en circunstancias muy distintas, una obra periodística realmente “buena” exige al menos tanto esfuerzo como cualquier otra obra intelectual, sobre todo si se piensa que hay que realizarla aprisa, por encargo y para que surta efectos inmediatos”. Y añadía, “como lo que se recuerda es, naturalmente, la obra periodística irresponsable, a causa de sus funestas consecuencias, pocas gentes saben apreciar que la responsabilidad del periodista honrado en nada le cede al de cualquier otro intelectual”. Pronunciadas estas palabras en el invierno revolucionario del 1919, siguen teniendo plena validez ochenta años después.*

*Por todo ello hay que reivindicar el periódico como uno de los últimos asideros con la racionalidad y con la cultura en un mundo sometido a la ley de la superficialidad y de la fugacidad. Porque hasta cuando se discrepa de algunos contenidos periodísticos, esa misma discrepancia obliga a la reflexión y al debate inteligente. Y, por eso mismo, cultiva lo mejor de la naturaleza humana. Así lo han entendido siempre los espíritus más selectos.*

*Algunos predicen la desaparición del periódico en el agitado mundo del multimedia. Y está claro que las nuevas tecnologías no dejarán de afectar al venerable periódico de papel. Por el momento, estamos comprobando cómo Internet ayuda a difundir los diarios, con la electrónica velocidad de la inmediatez, de un continente a otro. Es una auténtica gozada poder leer a las ocho de la tarde de la costa atlántica americana (dos de la madrugada en España) los periódicos que estarán en los quioscos europeos a la mañana siguiente. Pero Internet no mata al periódico sino que le rinde un homenaje. Y nunca podrá sustituir la sensación única de coger, doblar, hojear, subrayar, recortar un periódico, a la búsqueda de la noticia novedosa o del columnista preferido.*

*Un mundo sin periódicos y plagado de pantallas de televisión y de ordenador estaría más cerca del universo orwelliano del Gran Hermano. Por eso hay que reivindicar el periódico como un instrumento de libertad y como un reducto de humanidad. Quizá uno de los últimos que quedan en este mundo de ortodoxias oficiales, de intocables dogmas políticos y sociales que conforman asfixiantes climas de opinión apoyados en la mayoría -hoy día teledirigida- que, como ya escribía Tocqueville, "traza un cerco formidable alrededor del pensamiento".*

*Por estos valores y significados del periódico hemos querido hacer su elogio en esta festividad de San Francisco de Sales, patrono de todos los que se dedican a escribir desde que en 1.923 así lo estableció el Papa Pío XI. Frente a quienes se refugiaban en la vida contemplativa, San Francisco de Sales defendió la posibilidad de conservar los valores del espíritu en medio de los avatares de las ocupaciones del mundo. Una referencia ineludible para esta época que ha encontrado en la agitación de la vida cotidiana un pretexto para sacrificar esos valores.*



*Y no quiero terminar sin hacer una alusión a don Ángel Herrera Oria, fundador del C.E.U. y maestro insigne de periodistas, cuyo proceso de beatificación se ha incoado recientemente, que desde "El Debate" y su Escuela de Periodismo se esforzó por formar periodistas comprometidos y fieles a las misiones que les corresponden en el mundo actual. Que su ejemplo y su enseñanza nos ayuden a conseguir el periodismo de excelencia que exige el tiempo que vivimos.*